BIBLIOTECA NACIONAL

LA AURORA DE LA VIDA

ÚNICO PERIÓDICO ILUSTRADO

DEDICADO Á LOS NIÑOS DE AMBOS SEXOS.

Contiene: historias, novelas, viajes, leyendas, cuentos, biografías, proverbios, máximas morales y religiosas, revistas literarias y artísticas, fábulas, poesías, higiene doméstica, modas, etc., etc.

DIRECTOR: D. FAUSTINO BASTÚS.

COLABORADORES.

Sras. Doña Angela Grassi.
» Eduarda Moreno Morales.
» Elena G. Avellaneda.
» Faustina Saez de Melgar.
» María del Pilar Sinués de Marco.
» Micaela Rifá.
» Robustiana Armiño de Cuesta.
» Rogelia Leon.
Excmo. Sr. Baron de Andilla.
Sres. Fernan Caballero.
» Bastús, V. Joaquin.
» Biedma, José Sanchez.
» Blasco, Rafael.
» Bono Serrano, Gaspar.
» Bustillo, Eduardo.
» Canalejas, Francisco.
» Carrasco de Molina, Felipe.
» Castelar, Emilio.
» Castro, Federico.
» Cástor de Caunedo, Nicolás.
» Clavijo y Estacio, Casimiro.
» E. P.

Sres. Espinola, Francisco de.
» Gonzalez Garbin, Antonio.
» Hartzenbusch, Juan Eugenio.
» Hernandez, Enrique.
» Janer, Florencio.
» Lago, Gregorio.
» Larrea, José María.
» Martinez Gomez, Gregorio.
» Molina Capel, Gaspar.
» Mobellan, Sebastian.
» Moreno Gil, Pantaleon.
» Muñoz y Gaviria, José.
» Nombela, Julio.
» Oliver, Ignacio.
» Ovilo y Otero, Manuel.
» Palacio, Manuel del.
» Rojas, Fernando de.
» Rivera, Luis.
» Tejada, José Gonzalez.
» Vidal y de Valenciano, Cayetano
» Vidal, Celestino.
» Virto, Ignacio.

TOMO PRIMERO.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, CALLE DE LAS HUERTAS, 37, PRINCIPAL.

MADRID.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Núm. 1.º 10 de Noviembre de 1860. Año I.

INTRODUCCION.

El niño ha de ser hombre mañana.

***

La educacion é instruccion de los niños de ambos sexos son indudablemente las bases sólidas y estables de una bien organizada sociedad: principio cierto é incontrovertible que establecen y difunden todos los dias los hombres de recto juicio y saber.

Sin educacion, el hombre existe, es verdad; pero se presenta ante los demás hombres con todos los instintos ciegos de la raza.

La educacion es la que, con el dulce freno de la moral divina y humana, comprime suavemente las inclinaciones aviesas del hijo de la tierra, y vuelve blandas sus rudas costumbres.

¡La instruccion! ¿Qué es el hombre sin instruccion? Un autómata condenado á girar perpétuamente dentro de un círculo de hierro que le tiene trazada una envejecida y rutinera práctica, dejando sin efecto y perdidos los inagotables recursos que la mano próvida de la naturaleza puso en la mente del hombre al dirigirle el soplo de vida con que existe, para que á su tiempo los esplotara en beneficio propio y de sus semejantes durante su peregrinacion por esta tierra de agitacion y de trabajos.

De aquí por qué los hombres pensadores y verdaderos amantes de la humanidad han hecho tantos esfuerzos para demostrar é inculcar la necesidad de una buena educacion é instruccion esmerada, proclamando á voz en grito, con uno de nuestros mas ilustrados escritores, que *la educacion es un deber moral, un deber religioso, y un deber legal, escrito y sancionado en el derecho constituido de todas las naciones más adelantadas del mundo.*

Deseosos de contribuir con nuestro óbolo á la realizacion de unos deberes que reconocemos sagrados, hemos creado La Aurora de la vida, periódico ilustrado con grabados, dedicado á los jóvenes de ambos sexos, en el cual nos proponemos presentar de relieve los purísimos axio-

Biblioteca Nacional de España

mas que han de conducir á la perfeccion á las generaciones venideras.

La Aurora de la vida tiende á realizar el elevado pensamiento de *instruir deleitando*. Conociendo que la dificultad de instruir á los niños consiste en fijar su débil atencion en los objetos, procuraremos que estos estén al alcance de sus facultades intelectuales.

Aun cuando La Aurora de la vida es un periódico dedicado á la educacion é instruccion de los niños de ambos sexos, no tratará los asuntos tan vaga y sencillamente que no satisfagan las exigencias de los mayores: los padres, los preceptores, y en particular las madres, encontrarán en él un fondo de recreativa y pura distraccion, que contribuirá á endulzar la felicidad doméstica; sin poner en tortura su mente, hallarán en La Aurora de la vida máximas que inculcar á los niños, ejemplos de virtud que esponer á las niñas; historias, leyendas, fábulas, revistas literarias y artísticas, labores, modas, juegos de ejercicio, etc., con que distraerlos, así como consejos morales é higiénicos que en ciertos momentos de la vida son dulcísimo y reparador beleño de nuestros sufrimientos.

En fin, La Aurora de la vida, como la del dia, tiende á difundir la luz en la mente del niño para que brille con todo su esplendor en la del hombre, porque es menester educar á los jóvenes, teniendo siempre presente *que el niño ha de ser hombre mañana*.

Faustino BASTÚS.

LA INOCENCIA.

Edad primera de nuestra existencia, tú eres la eterna poesía de la vida. Tu recuerdo vuela ante nuestros ojos como una mariposa, y canta en todos los dolores como el ruiseñor oculto en las sombras. La humanidad tuvo su paraíso, y el hombre, que es la humanidad en pequeño, tiene su inocencia. Cuando la inocencia rodea el alma, andamos al borde oscuro de los abismos sin vértigos, y pisamos sin temor las serpientes ocultas en las piedras de nuestro áspero camino. La vida corre pura, serena como el arroyo que refleja el cielo, y cubre con su humedad de flores las orillas de su pequeño cauce. Una luz más pura que la luz del sol, y más poética que el reflejo de la luna en el lago, cubre toda la naturaleza, que en nuestra alma recobra su primera inocencia.

El huracan de las pasiones no viene á encrespar las olas de la vida. Todo se anima á nuestros ojos. En la nube que pasa, en el viento que gime, en el astro que centellea, en el rayo de sol que se desliza trémulo entre las hojas, en la gota de rocío vemos séres ocultos; y es nuestro espíritu, que léjos de encerrarse en los profundos abismos del pensamiento, vuela en alas de la hermosa fantasía. Pero hay algo más dulce que la inocencia, que la tranquilidad del espíritu, y es el sol de la vida moral, la mirada de nuestra madre, que cuando se apaga, se lleva consigo todos los encantos y todas las dulzuras del alma. Conservad, conservad, niños, vuestra dulce inocencia.

Emilio CASTELAR.

EL BELLO SEXO CRISTIANO.

Seguramente que no se llama bello el sexo femenino por la material hermosura que suele acompañar á las mujeres, sino porque á esta cualidad ó circunstancia acostumbra ir aneja la bondad del corazon, la amabilidad de carácter, la modestia, el pudor, una acendrada caridad, en una palabra, todas las virtudes sociales y cristianas que constituyen la positiva belleza.

Y á la verdad, ¿podria llamarse bella una mujer, aunque su físico fuese perfecto, si estuviese dominada de pasiones innobles, bajas y viciosas, es decir, que careciese de la belleza del alma? Sin duda que no.

«Engañoso es el donaire y vana la hermosura, dice Salomon; añadiendo que la mujer que teme al Señor, esta será la celebrada.» [1]

«La hermosura sin la virtud es una máscara que se cae ó se gasta. Y en cayendo, esclama un célebre escritor eclesiástico, ¿quién puede ver

[1] *Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.* Proverbios, capítulo 31, v. 30.

Biblioteca Nacional de España

sin horror lo que se escondia detrás de ella?»

Y la misma opinion sostienen autores profanos.

«La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, dice Cervantes; la que no, no es más que un buen parecer.»

«No es el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios del cuerpo lo que forma la belleza humana, dice Bernardino de Saint-Pierre en sus estudios de la naturaleza; es el sentimiento moral de la virtud que no puede subsistir sin la religion. La hermosura del semblante es la verdadera fisonomía del alma.»

Y Delille añade: «La obra más grande y más augusta de la belleza, es una alma sublime.»

Y téngase presente luego que la material belleza, física ó corporal, es efímera y transitoria, que una ligera calentura, una enfermedad de pocos dias, un accidente cualquiera puede marchitar aquella flor, borrar y hacer desaparecer su decantada hermosura; y que salvando aún estos percances tan comunes en la vida, el tiempo, los años están encargados por una ley eterna de la naturaleza de irla paulatinamente alterando, reduciendo ó abultando aquellas formas y contornos que los hombres califican de hechiceros, descomponiendo y desconcertando las delicadas líneas que constituian la hermosura de la encantadora imágen, mil veces más deleznable que si fuera de barro ó mármol, hasta arrebatarla todo lo bello, y no quedar sino destrozos y ruinas, tristes reminiscencias de lo que un dia fué.

No en vano fingieron los paganos que su decantada Venus, diosa de la hermosura mundana, habia nacido de la espuma del mar, para mostrar sin duda lo transitorio, insubsistente y nulo de la belleza esterior ó corporal. [1]

Tal es la belleza física; mientras que la belleza del alma, pura, duradera y celestial como ella misma, destello, en fin, de la divinidad que la creó, no suele desaparecer sino con la existencia, y aun entonces como complemento de dicha y de felicidad, para ir á brillar y gozar en otro mundo mejor que este.

[1] «Nació del mar en la ligera espuma,
Que no es más la hermosura aunque presuma.»

Esta belleza, verdaderamente tal, es la que debe procurar adquirir y conservar á toda costa la mujer cristiana.

Cumpliendo pues con lo que manda la ley del Señor y ha ordenado la Iglesia en su santa é ilustrada inspiracion, bien puede prometerse la mujer que lo practique toda la suma de felicidad asequible en este mundo perecedero, y luego en el otro, que no tendrá fin, todas las delicias que la Omnipotencia divina á manos llenas dispensa á las almas justas.

V. Joaquin BASTÚS.

EL DIA DE DIFUNTOS.

«Flores echad á porfía
Sobre esta tumba sagrada.»

En un pequeño lugar, pintorescamente situado, y lejos de esos centros corruptores que agostan en flor los sentimientos más delicados y las esperanzas más lisonjeras, moraba saboreando su pena y solitaria en su dolor una jóven que no habia mucho perdiera á su esposo, dejándola huérfana de todo apoyo en el mundo con tres niños de tierna edad, en quienes concentraba su atencion y cuidados, dirigiéndoles constantemente por el sendero de la virtud, y recordándoles la memoria de su padre, que apenas conocieron, y las buenas prendas que mostró en la tierra.

Únicamente los cuidados asíduos de sus hijos mitigaban un tanto la melancolía de una viudez tan prematura. Siempre á su memoria presentes las valerosas y últimas palabras que al espirar le dirigiera su esposo, mostraba en los más insignificantes pormenores domésticos una escrupulosidad sin límites, cumpliendo, con esa gravedad solemne de quien oculta avaro un gran dolor, sus deberes de madre y directora á la vez. Doble y sagrado cargo que desempeñaba con resignacion y contento, porque así estaba persuadida que era fiel intérprete de la última voluntad del que tanto amó.

Ten ánimo y valor, María; no olvides jamás que esos niños necesitan de tu apoyo y direccion; vive, pues, para ellos, quienes pronto te

Biblioteca Nacional de España

consolarán de la pérdida que vas á sufrir. Todo lo que nace, está préviamente condenado á desaparecer; es la ley de la vida; la muerte solo es un accidente necesario y un tránsito para una existencia mejor, donde espero confiado verte un dia eterno radiante de alegría, y recompensada por tu valor en el sufrimiento y tu constancia en los trabajos. Solo en la virtud hallarás la dicha, que en vano buscan los distraidos y poderosos de la tierra.

Así dijo el esposo de María al exhalar en sus brazos su postrer aliento, que dejó sumidos en el desconsuelo y orfandad á ella y sus tres niños. Empero esta admirable mujer, con la energía propia del dolor, consagró desde este momento toda su atencion al cumplimiento de sus multiplicadas obligaciones, no permitiendo descanso á su cuerpo, ni dando tiempo á su alma para que reaccionara sobre sí misma y pudiera mostrarle abierta la ancha y profunda herida que oculta llevaba en su pecho. Ejemplo digno de ser imitado, que muestra la altura sublime á que puede llegar el corazon de una mujer cuando ejerce el sagrado ministerio de madre.

Habian pasado dos años. Era una tarde del dia 1.° de Noviembre, dia consagrado por la religion y la costumbre á visitar los restos de nuestros parientes y amigos. El sol caminaba á su ocaso, no sin teñir con sus purpúreos rayos el límpido azul de los cielos, mostrando acá y acullá tintas mil de sus bellos colores, y convidando al recogimiento y la soledad. Ningun ruido turbaba la tranquilidad de la tarde, oyéndose solo á largos intervalos el ligero roce de la amarillenta hoja que el más leve vientecillo desprendia del árbol, mústio y triste ya al mirarse despojado de su airoso adorno, y receloso al frio aspecto de la cruda estacion que le amagaba.

—Niños, vamos á visitar á papá y á llevarle flores que tanto le agradan.

Y puestos en camino la madre con sus tres niños, dirigiéronse presurosos al campo santo, que no muy léjos estaba situado. Una vez allí, llegáronse á una pequeña eminencia coronada con el símbolo del cristiano, y puestos de hinojos dieron principio á sus plegarias. Tierno y consolador espectáculo presentaba el cuadro que desaliñadamente describimos. Purificada por su dolor y con la vista elevada al cielo, pedíale fervorosamente le diera valor para continuar su tarea y educar en la modestia y en la virtud á sus queridos niños. De vez en cuando humedecia la tierra con sus lágrimas; lágrimas

Biblioteca Nacional de España

de gratitud más bien que de pesar; y serena, ya que no contenta, sentíase aliviada de un gran peso, creyendo haber pagado una deuda de cariño á su malogrado esposo.

El sol se habia ocultado por completo, dejando aún en el horizonte esa luz dudosa llamada crepúsculo. Levantáronse despues de cubrir la modesta tumba de coronas y ramos de flores, y emprendieron su regreso al pueblecillo donde habitaban.

No tengais, hijos mios, ningun miedo á los muertos; y con el rostro sereno, venid á consagrarles estas muestras de respeto. No olvidad que todos los años en semejante dia teneis un piadoso deber que cumplir: el de visitar los restos de vuestro padre: y si algun dia os llego á faltar, no dejeis por ello de

«Flores echar á porfía
Sobre su tumba sagrada.»

Fernando de ROJAS.

LA VIRTUD EN EL CAMPO.

ÉGLOGA.

(IMITACION DE GESNER.)

Nous cherchons le bonheur? Il est dans la vertu.
(F. Ducos.)

Poeta.

Del Túria en la ribera
Imágen del Edén por sus vergeles,
Y cuna de bellísimas pastoras;
Donde Cupido impera
Entre arroyos y fuentes bullidoras
Y cuadros de jazmines y claveles;
En grata medianía
Y venerables años,
Lejos de la ciudad y sus engaños,
Un anciano pastor feliz vivia.

Contento con su suerte,
En los labios posada la sonrisa,
Libre de penas y ansiedad el alma;
Esperaba la muerte
Con deliciosa inalterable calma,
Cual tras el Aquilon la blanda brisa.
Los hijos, el cercado,
Y una grey reducida,
De su apacible y laboriosa vida
Eran tierno y solícito cuidado.

Al grato albor primero,
Que ahuyentando las sombras de los montes,
En el rio y la mar débil refleja;
Cuando el mayor lucero
Consagrado al amor, ledo se aleja
A presidir opuestos horizontes;
Siguiendo la armonía
Del rústico instrumento,
Que acompañaba susurrando el viento,
El dichoso Dalmiro así decia:

Dalmiro.

La rubicunda aurora,
Mensajera gentil de la mañana,
Riendo con su boca de corales;
Ya benéfica dora
Las vides enlazadas y rosales,
Que sombrean y adornan mi ventana.
Alza su raudo vuelo
La alondra parlerilla,
Saludando á la luz, que apenas brilla,
Da animacion y regocijo al suelo.

En el tronco de encina,
Que sostiene mi cómoda cabaña,
Donde el sosiego habita y la ventura;
La social golondrina
Al ruiseñor, que gime en la espesura,
Con sus voces de júbilo acompaña.
El fecundo rocío
Vivifica las flores,
Y la frescura aumenta y los verdores
A la arboleda, que corona el rio.

Desarruga su ceño,
Despertando jovial naturaleza,
Que durmió de la noche en el regazo.
El zagal deja el sueño,
Conduciendo sus cabras al ribazo,
Que el sol naciente á iluminar empieza.
La campiña florece;
Y al par que su alegría
Muestra el valle, los árboles, la umbría,
Mi flaca ancianidad rejuvenece.

Celebra sus amores
El coro de las aves lisonjero
Por la selva en cuadrillas revolando;
Al par que los pastores
En pos de su rebaño van cantando
Por la fértil colina y el otero.
Al son del caramillo
El buey pace la grama,
Y con gemidos amorosos llama
La madre á encaramado cabritillo.

De mi vida las horas
Que no enturbió el pesar ni la amargura,
Han sido dias del abril sereno:
Pacíficas auroras,
Que no turba el rugir del bronco trueno,
Al presagiar la tempestad oscura.
Jamás nube de estío
Destruyó mis frutales;
Ni lobo devoró los recentales,
Acometiendo audaz al redil mio.

El Cielo, que sus dones
Dispensa tan benéfico á Dalmiro,
Bendito sin cesar, bendito sea.
Las gratas estaciones
El cuadro al matizar que me rodea,
Canté ya veces cien en mi retiro.
Mi pecho se estasía,
Los juegos infantiles
Recordando feliz de mis abriles,
Henchidos de vigor y lozanía.

Biblioteca Nacional de España

Al nacer en mis brazos
Los hijos de mi amor y mi ternura,
O al servirles de báculo y de guia;
Entre besos y abrazos
Mi corazon gozoso presentia
La dulce dicha de la edad futura.
Velé por su inocencia
Con paternal desvelo,
Y los gratos afanes de mi celo
Quiso recompensar la Providencia.

Arboles venturosos,
Que con placer y lágrimas bendigo,
Cual mi solo consuelo y esperanza,
Han crecido pomposos,
Estendiendo sus ramas con pujanza,
Dando á mi frente bienhechor abrigo.
Así en la verde alfombra
Planté seis avellanos,
Gigantes de mi huerto, que lozanos,
Al caserío dan frescura y sombra.

De la existencia mia
El único dolor, la sola pena,
Fué tu separacion, querida esposa.
Oh tenebroso dia,
Que fenecer te vió, Glicera hermosa,
Cual se agosta en el prado la azucena!
El mayo con sus flores,
Regadas con mi llanto,
Ornó diez veces tu sepulcro santo,
En que yacen mi gloria y mis amores.

Ya se aproxima empero
El instante feliz que á tus despojos
Ayuntará sin fin mis restos frios.
Quizá sea el postrero
Para los fatigados años mios
El radiante sol que ven mis ojos.
Antes que tibia muera
Su luz en el ocaso,
Venga la dulce muerte paso á paso,
Y logre reunirme con Glicera.

Corred, amados hijos,
Que al piadoso recuerdo de tal madre,
Es justo celebrar solemne fiesta.
Con canto y regocijos
Su tumba, que embellece la floresta,
Hoy honrará dichoso vuestro padre;
Y tributando al Cielo
Humilde sacrificio,
A mi esposa abrazar tal vez propicio
Me conceda por último consuelo.

Poeta.

El pastor enmudece,
Con lágrimas finando su plegaria,
Que fué cual siempre con amor oida.
A su vista se ofrece
Su numerosa prole reunida
En torno de la losa cineraria.
En vivas y cantares
El nombre de Glicera
Plácido al resonar, Eco parlera
Lo repite por sotos y encinares.

Los hijos con ternura
De consuno besaban al anciano,
Que con paterno amor los bendecia.
La virtud bella y pura
Al contemplar el grupo sonreia,
Aplaudiendo festiva con la mano.
Escena encantadora!
La inocencia, que vive
Allá en los campos, galardon recibe,
Negado al hombre, que en las villas mora.

Un sauce solitario,
Emblema del dolor, planta Dalmiro
En la huesa que guarda á su querida.
Arbol hospitalario
A la tórtola viuda, que afligida
Llama á su amor en lúgubre suspiro.
Anciano virtüoso!
De Libitina al filo
Su vida al entregar, deja un asilo
Que sirva al infortunio de reposo.

Al inmediato dia
Con semblante pacífico y risueño
Apareció su cuerpo inanimado.
En su frente lucia
El candor y el sosiego retratado
Del niño á quien halaga el dulce sueño.
Bajo una misma piedra
Con su adorable esposa
El amable cantor feliz reposa,
Coronada la sien de verde hiedra.

Quien la paz y el olvido
Prefiriendo á la córte y sus pasiones,
Aquel sencillo túmulo visita,
Advierte complacido,
Que su inspirado corazon palpita
De la santa virtud entre emociones.
Oh campo! oh monte! oh choza!
El mismo ciudadano
Léjos del mundo y su furor insano,
En vuestro puerto de la calma goza.

GASPAR BONO SERRANO.

LA PIEDAD FILIAL.

Vengan á mí los pequeñuelos, dijo Jesucristo. Venid á mí, dulces niñas; mi festiva Julia, mi sensible Carolina y mi pequeña Adela, tan entusiasta y generosa, venid todas; creced girando á mi alrededor, y confundid con la mia vuestras almas llenas de pureza y de ternura! ¡Cuánto os amo! ¡Cuán feliz me siento á vuestro lado! ¡Bendito el dia en que os hayais convertido en modestas y virtuosas jovencillas, y al ver que os aplaude el mundo, pueda decir con júbilo entusiasta: esa es mi obra!

Voy á contaros una antigua tradicion que he recogido de los labios de mi santa madre en las largas veladas del invierno. ¡Ojalá pueda imitar su sencilla elocuencia, y conmoveros como á mí me conmovia! Es la historia de una niña como

Biblioteca Nacional de España

vosotras, que supo sin embargo dar al mundo un raro ejemplo de su filial cariño.

Héla aqui: escuchadme.

Bien habreis oido hablar del famoso coloso de Rodas, símbolo del poder humano por su atrevida ejecucion, pero símbolo tambien de su vano orgullo, porque bastó una leve sacudida del mar para derribarlo al suelo. Este modelo de escultura permaneció tendido sobre la arena por espacio de muchos siglos, hasta que fué vendido á un judío en tiempo del emperador Constancio, y de sus fragmentos, sin contar los que debieron quedar dentro del agua, se cargaron sobre cien camellos, y fueron trasportados á Emesa.

No necesito deciros que el coloso estaba á la entrada de un buen puerto de la isla de Rodas, y que esta isla, una de las más bellas del Archipiélago, despues de haber asombrado al mundo con su magnificencia y poder, derribados hoy sus altares, hollada su dignidad, postrada y envilecida, se arrastra entre cadenas á los piés del Gran Señor.

Todo se lo han arrebatado sus opresores, menos su hermoso cielo, donde jamás deja de aparecer el sol; sus pintorescas alturas pobladas de encinas, pinos y abetos; sus deliciosas costas, donde crecen los naranjos y limoneros; sus profundos valles sembrados de mirtos y rosas; sus fuentes de plata; sus murmuradoras brisas y sus suaves perfumes que saturan el ambiente.

Mas ¡ay!.... ¿qué le importa su hermosura, si no tiene libertad?

Pero ahora no se trata de esto; mi historia aconteció en tiempos más remotos.

Varias veces las flotas turcas habian intentado subyugar á Rodas, sin reportar otra cosa más que una completa derrota. Ardiendo en sed de venganza en 1523, y teniendo por jefe al invicto Soliman, se presentaron delante de Rodas con una numerosa escuadra.

Su capital es una hermosa ciudad que se levanta á manera de anfiteatro sobre una ladera, cuya falda se estiende hasta la orilla del mar, y la solidez de sus muros y sus torres, colocados sobre rocas prominentes, dan aún hoy en dia una grande idea de su fuerza y su esplendor.

Imperaban entonces en ella los caballeros de San Juan de Jerusalen, y su gran maestre, Felipe de Villiers, se apercibió tan bien para la defensa, que los sarracenos, desalentados ya, no tenian esperanzas de conseguir la victoria, y se susurraba que iban á levantar el sitio, cuando sin haber recibido ningun refuerzo, sin haber alcanzado ningun triunfo, cobraron repentinamente nuevos bríos, y redujeron la ciudad sitiada á su última estrechez.

Era una noche de otoño lúgubre y tormentosa: mugia el huracan, haciendo bambolear los edificios, iluminados por la rojiza luz de los relámpagos, y el trueno, que resonaba majestuosamente, repetido por cien ecos, añadia nuevo horror á esta espantosa escena.

En una miserable casucha del arrabal cercano al mar, tendidos sobre un lecho de paja, estaban un hombre y una tierna niña: él se acercaba á los cincuenta años; ella contaba apenas ocho primaveras. Ambos permanecian estrechamente abrazados, como si temiesen que aquel desquiciamiento de la naturaleza pudiese tambien romper los lazos de su amor.

Andrea, así se llamaba el hombre, era un pobre batelero que ganaba su vida trasladando en su barca á los viajeros desde el muelle hasta los buques; pero el sitio habia cegado repentinamente el cauce de su fortuna, y se pasaban muchos dias sin que el infeliz tuviese un pedazo de pan con que alimentar á su hija.

Un dia, hacia trece años, habia hallado acurrucada debajo de un árbol del muelle á una pobre jóven enferma y desfallecida. Andrea la habia llevado á su casa, habia partido con ella su alimento, y por último la habia tomado por esposa. Coralia fué el fruto de aquella union. Pero la pobre madre, á quien la felicidad no habia podido devolver la salud, sucumbió dejándola en la cuna. Desde entonces los únicos amores de Andrea habian sido su niña: toda el alma de la niña estaba cifrada en su buen padre. Era la tierna liana que participa de la vida del árbol que la ampara. Coralia era el modelo que las madres ofrecian á sus hijos, sin que ninguno acertase á imitar su filial cariño.

En aquella época de prueba, la pobre niña se

Biblioteca Nacional de España

ejercitaba con ardor febril en las labores de su sexo para socorrer á su padre, ó le consolaba con sus besos y caricias. Aquella noche era muy terrible para ellos: carecian de pan.

De pronto retumbó un trueno más espantoso que los demás, y ambos tuvieron miedo. Se precipitaron del lecho, y se postraron de rodillas.

—Si tuviésemos siquiera una vela para que ardiese delante de la Vírgen de los Desamparados! dijo tristemente Andrea.

La niña hizo un gesto espresivo señalando el cielo. Queria significar que la Madre de los Desamparados lee en los corazones.

Es que la pobre Coralia era muda, no de nacimiento, sino á consecuencia de unos accidentes que habia padecido, triste legado de su madre.

Andrea vió á la luz de los relámpagos, que penetraban por todas las rendijas, el ademan de su hija, y se puso á orar con tono fervoroso.

Llamaron suavemente á la puerta.

Andrea se estremeció; pero la cándida niña corrió á abrir: tal vez esperaba un milagro.

Dos hombres entraron en la estancia.

—Sé, dijo uno de ellos en voz baja, que en esta casa hay una mina que conduce á la playa; sé que tú eres el único que conoce este secreto, y que alguna vez, antes que el sitio se formalizase, te introducias por ella para ir á visitar tu barca, escondida entre dos rocas. Pues bien: se trata de llevar un mensaje á cualquiera nave turca: sé que arriesgas la vida; pero aquí tienes oro para labrar tu fortuna si te salvas. La noche es oscura y te favorece. ¿Aceptas? Y el precioso metal, que brillaba en manos del desconocido, despedia un brillo inusitado en medio de la oscuridad.

Pero Andrea no tendió la mano para cogerlo.

—Antes que mi vida, el honor; antes que todo, la patria! esclamó con energía.

Coralia llena de entusiasmo se acercó á su padre.

—¿Quién hay aquí? murmuró el desconocido sobresaltado.

—Nadie, dijo su compañero riendo; una niña, que además es muda.

—No se trata de honor ni de patria, repuso el primero que habia hablado, sino de los afectos de mi alma. Deseo que llegue una carta á manos de mi madre moribunda antes que la muerte cierre sus ojos: hé aquí todo.

Pero quiero tranquilizar completamente tu timorata conciencia, añadió descubriéndose el pecho, donde brillaba una cruz: juro por ella, prosiguió con voz firme, y por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que he dicho la verdad: jura tú ahora que ni el tormento ni la muerte te harán descubrir este secreto, si fueses sorprendido.

Andrea estrechó entre las suyas las trémulas manos de la niña, y pronunció el solemne juramento.

Vé, dijo el desconocido, mañana al rayar el alba; cuando me entregues la señal de que has evacuado la comision, te daré la recompensa digna de tu servicio.

Andrea depositó un beso en la frente de su hija, que hacia inútiles esfuerzos para retenerle, y se dirigió hácia un rincon del miserable aposento. Encendió una tea, separó la paja

Biblioteca Nacional de España

que cubria la entrada de la mina, y bajó por ella, no sin enviar su postrera bendicion á Coralia.

Los desconocidos taparon el boquete, y permanecieron allí inmóviles, mudos, atentos al más leve ruido.

Coralia, aterrada, se habia postrado de rodillas en el ángulo opuesto, y oraba con fervor por la salvacion de su padre.

Pasáronse muchas horas: la tempestad se estinguia á lo lejos: el crepúsculo ahuyentó á las estrellas; el sol ahuyentó á la aurora. Andrea no volvia.

—¿Qué haremos? murmuró con voz sorda uno de los desconocidos; si alguno de los atalayas le ha atisbado, si le han preso, nuestra presencia aquí nos compromete!

—Idos, monseñor; yo velaré por estos alrededores.

—¿Y esa niña?

—Ya os he dicho que es muda, y por consiguiente sorda.

Aquel hombre se engañaba; Coralia oia perfectamente.

Ambos se alejaron en silencio.

La pobre niña quedó sola, y esperó aún hasta el mediodía. Entonces su desesperacion se trocó en frenesí. Quiso bajar á la mina; pero era tanta la lobreguez, que retrocedió aterrada.

Otra idea iluminó su mente. Salió de la casucha, y cerró la puerta por fuera.

Un inmenso gentío poblaba las calles: iba en desórden ó formando tumultuosos grupos, de los cuales salian horribles imprecaciones.

El rostro de aquella muchedumbre era siniestro, siniestros sus ademanes.

Coralia tuvo miedo, y llegó con el corazon palpitante á las almenas.

Era bella como un ángel, y los soldados la acariciaron haciéndola mil preguntas, á las que la pobre niña no podia responder.

—Yo creo que es la hija de Andrea, dijo uno.

—Del traidor....!

—Si no hubiese sido por mí que le atisbé cuando iba á desaparecer, no sé cómo, en las entrañas de la tierra, y le tiré un flechazo.....

—Yo mandé al peloton que salió á recogerlo, á pesar de los proyectiles enemigos.

—¿Y eso qué importa? añadió un tercero; ¿cuándo le ahorcan?

—Ahora está en el palacio del Gran Maestre, en donde debe ser juzgado.

Coralia, sin escuchar más, partió como una exhalacion hácia el palacio rompiendo las oleadas de la multitud que se oponian á su paso. Llegó á tiempo para ver salir de él á su padre entre dos hileras de soldados. La cárcel estaba enfrente, y aunque era tan corto el trayecto que debia recorrer, no le faltaron injurias y atropellos. Los unos le escupian, los otros arrojaban sobre él materias inmundas; los más moderados se contentaban con maldecirle.

Coralia se retorcia los brazos con desesperacion, y en vano quiso abalanzarse á él, estrujada y casi pisada por la feroz muchedumbre. Por fin las herradas puertas de la cárcel se cerraron sobre Andrea, y el pueblo empezó á dispersarse.

—¿Pero por qué no le ahorcan? vociferó una mujer.

—Si fuese un caballero, dijo un hombrecillo sentencioso, diríamos que el dinero influye para salvarlo; pero Andrea no tiene nada.

—Será preciso que nos tomemos la venganza por nosotros mismos.

—A mí me ha dado lástima. ¿No habeis visto la sangre que brotaba de su herida? Llevaba el brazo derecho atado con un pañuelo; pero á pesar de eso estaba chorreando sangre!

¿Cómo podré pintaros lo que sufrió Coralia durante estos horribles diálogos?

Cogióse la cabeza con ambas manos como para obligar á su mente á formular una idea salvadora. Por fin sus ojos se iluminaron con un fuego estraño: creia haberla hallado. Desgarró su traje, magulló su rostro, hizo brotar sangre de sus brazos, y corrió de casa en casa pidiendo una limosna. Su estado, su espresiva fisonomía, su misma desnudez interesaba vivamente todos los corazones, y aún no se habia escondido el sol en el ocaso, cuando regresaba ya á la cárcel cargada de dinero. Nunca habia visto reunida una suma tan fabulosa; la pobre

Biblioteca Nacional de España

niña creia que con aquello podria comprar el mundo.

Con la elocuencia que prestó á las miradas la desesperacion, consiguió que los carceleros la dejasen penetrar hasta donde se hallaba el carcelero.

Este era un buen hombre.

—¿El que está condenado á muerte? la preguntó procurando comprender sus señas; ¿si será Andrea? ¿Dices que sí? ¿Quieres que le deje libre? Pero yo no soy su juez. ¡Calle! Quieres comprarme con ese dinero! Por vida de la muchacha! Vaya una ocurrencia! ¿Crees tú que un hombre puede venderse por tan poco? Es decir, añadió ratificándose, un hombre de honor no se vende por nada. Pero en fin, quiero hacer algo por tí: dame ese puñado de monedas, y te llevaré adonde está tu padre.

Cuando Coralia llegó á la mazmorra donde gemia el prisionero, se abalanzó á su cuello y quiso borrar con sus delirantes besos los inmundos ultrajes de la plebe. Aquella fué una escena tan dulce y conmovedora, que hasta hizo asomar una lágrima á los ojos del carcelero.

La primera palabra que Andrea, sofocado por la emocion, pudo pronunciar, fué pedirle que no le arrebatase á la dulce prenda de su alma.

El carcelero consintió.

Cuando padre é hija se hallaron solos, no pensaron más que en abrumarse con sus mútuas caricias.

Aquella noche pasó como un solo instante.

La ténue claridad del dia, que penetraba hasta allí, vino á sacarlos bruscamente de su delirio.

Entonces Andrea colocó á la niña sobre sus rodillas, y la dijo entre sollozos:

—No creas lo que dicen de mí! no lo creas! El pobre viejo, antes hubiera muerto mil veces que hacer traicion á su patria! El perjuro estaba entre mis jueces, y me ha visto condenar sin inmutarse! Yo ignoraba el contenido de los pliegos de que era portador. Al volver á la mina me descubrieron los atalayas y me derribaron al suelo mal herido. ¡Dios lo ha dispuesto; cúmplase su voluntad! No llores si te dejo sola! te queda la Vírgen Santísima por madre!

Coralia escuchaba ávidamente: á ella no la ligaba ningun juramento, pero estaba muda é ignoraba el nombre del perjuro: ¿cómo descubrir y hacer patente su traicion?

En aquel momento se abrió la puerta.

Eran los sayones que venian á buscar á Andrea para llevarle al tormento. Inútil era su muerte, si no confesaba el nombre de sus cómplices.

—Arrancad de aquí á la niña! gritó Andrea con acento desgarrador. Pero Coralia se habia abalanzado á la puerta y habia desaparecido.

—Me abandona! murmuró Andrea; ha hecho bien.

Arrastráronle á la sala del tormento, y le sujetaron á la terrible prueba del agua.

Entonces Coralia surgió de entre las tinieblas y se arrojó á los piés de los sayones. ¿Cómo pudo llegar allí sin ser vista? Nadie acertaba á adivinarlo.

Arrancáronla de aquel sitio, pero la impresion que produjeron sus lágrimas y sus gritos ablandó el ánimo de los verdugos.

Andrea no declaró nada, y fué llevado al suplicio.

Coralia estaba en el aposento del carcelero cuando pasó la fúnebre comitiva.

En medio de su desesperacion, la niña ve una imágen de la Vírgen de los Desamparados; corre á postrarse ante ella, y ora, ora como cuando estamos próximos á perder cuanto amamos en el mundo. Pero ¡oh milagro! las ligaduras que sujetaban su lengua se quebrantan!

—Vírgen.... santa.... Vírgen.... gracias...! esclama estallando de alegría; y se levanta, se abre paso entre la turba, corre, vuela, llega al lugar del suplicio, trepa al tablado, y se abraza á la blanca cabeza de su padre inclinada sobre el tajo, gritando:

—Es inocente! Es inocente!

—Milagro! milagro! gritan de todas partes; la muda ha recobrado la palabra!

La reaccion es instantánea y completa. A los denuestos suceden los vivas entusiastas: padre é hija son llevados en triunfo al palacio del Gran Maestre.

Felipe de Villiers estaba rodeado de todos los caballeros: uno de entre ellos se pone pálido al

Biblioteca Nacional de España

ver que la multitud inunda el salon, trayendo delante de sí á Coralia y á su padre.

—¿Qué quereis? gritó Villiers asombrado.

—Justicia! esclamó la niña corriendo á postrarse á sus piés; y ante todo, señor, mandad que prendan á aquel hombre.

Y señalaba á Amaranto, gran canciller de la órden, que en medio de su turbacion procuraba salvar la puerta.

—Os hablo en nombre de la Vírgen, Madre de los Desamparados, señor, que ha roto repentinamente las trabas que sujetaban mi lengua, prosiguió Coralia con inspirado acento. La otra noche, mientras rugía la tempestad, dos hombres penetraron en nuestra casa, y pidieron á mi padre que llevase una carta á cualquiera nave turca, jurando sobre la cruz que era tan solo una piadosa misiva dirigida á una madre moribunda. Mi engañado padre juró á su vez sobre la misma cruz guardar el secreto de su mensaje, y ya lo veis, iba á morir esclavo de su juramento; uno de aquellos hombres, es ese que está ahí pálido y azorado.

—Prendedle, corred á allanar su estancia, y traednos todos sus papeles, esclamó Villiers; y en tanto, señores, vamos á improvisar un consejo y á juzgar al acusado.

Aún no habia trascurrido media hora, la traicion de Amaranto era patente. Este, resentido de que Villiers, su enemigo, hubiese sido preferido en la dignidad de Gran Maestre, para vengarse, dió aviso á Soliman de cuantas determinaciones debian tomarse para la defensa, como de la parte más débil de la plaza, valiéndose de un médico judío, que fué el mismo que le llevó á casa de Andrea. Hasta entonces habian tenido la bárbara precaucion de matar á todos sus mensajeros en el acto de recibir la contestacion á su mensaje.

El haber sido descubierto salvó al pobre batelero.

—Pueblo, os entrego al traidor, esclamó el Gran Maestre; llevadle, y que ocupe el lugar del inocente!

La multitud, entre rugidos de cólera, se apoderó de Amaranto y lo arrastró al suplicio, en donde su cabeza cayó bajo el hacha del verdugo.

Los habitantes de Rodas, á pesar del hambre y las privaciones del sitio, erigieron una capilla á la Vírgen de los Desamparados, y junto á ella una bella casita en donde pudieron habitar cómodamente Andrea y su hija. Al dia siguiente del de su instalacion en ella, ambos recibieron una bandeja llena de anillos, brazaletes y otras mil preciosas joyas, de parte de todas las damas nobles. Cubríala un pergamino, en el cual se leian estas palabras: *A la piedad filial de Coralia.*

La ciudad, que, merced á la revelacion de la niña y al castigo del verdadero culpable, pudo conservar su libertad, cayó luego por fin en poder de Soliman.

No obstante que convirtió todos los templos en mezquitas, respetó la capilla de la Vírgen de los Desamparados, que aún subsiste en nuestros dias.

Coralia fué muy dichosa, como lo son siempre los hijos que aman y veneran á sus padres. Andrea vivió mucho tiempo, y pudo bendecir con trémula mano las rubias cabezas de sus nietos.

El nombre de Coralia ha pasado á ser el símbolo de la ternura filial, y los habitantes de Rodas enseñan aún con orgullo al viajero su sepulcro, que está situado detrás de la capilla, en un jardin de flores.

El dia del aniversario de su muerte, conservan todavía la piadosa costumbre de ir todas las doncellas vestidas de blanco y coronadas de rosas á deponer guirnaldas y ramilletes de flores sobre su venerada sepultura; pero ¿qué valen estas ofrendas, hijas mias, comparadas con las eternas palmas que ostentará en el cielo?

Milagro, ó simplemente efecto físico, si se desató su lengua, ¿no lo debia á la inmensa ternura en que se abrasaba su alma? Amad á vuestros padres, mis queridas niñas, amadlos: el amor filial es el crisol de todas las virtudes, y Dios alienta, protege y bendice al que sabe honrar la blanca cabellera de quien le dió la vida!

Angela GRASSI.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

La timidez y la modestia constituyen el carácter de las mujeres, y ellas las más de las veces aseguran las virtudes.

Biblioteca Nacional de España

Un chisme probable, es el arma más fuerte de la calumnia.

La vida, como el agua del mar, no se endulza sino elevándose hácia el cielo.

Todo el que no reprime sus pasiones y su génio, necesariamente mortifica y ofende á los demás, y no puede gloriarse de merecer su cariño.

El amor propio es un globo hinchado de viento, que esperimenta terribles tempestades cuando sufre una pequeña picadura.

La hermosura es el primer presente que la naturaleza nos hace; pero es tambien necesario tener presente que es el primero que nos quita.

La probidad es más fiel que los juramentos.

Emplea los momentos de ócio en escuchar las reflexiones de los sabios.

(Isócrates.)

Para dar una educacion útil es menester que la persona encargada se haga respetar por su saber y por su buen sistema de enseñanza.

La vida humana fuera bien corta, si la esperanza de otra futura no la diera estension.

Guardar el secreto, emplear bien el tiempo, y sufrir las injurias, son tres cosas muy difíciles, pero conveniente su ejecucion.

(Chilon.)

Hombre, el hombre es tu hermano, y vuestro padre es Dios.

(Lamartine.)

El ingrato es indigno de la estimacion y trato de los hombres.

El ejemplo es el que mejor persuade.

La hermosura que no está sostenida por la virtud, es peligrosa.

La eleccion de un amigo es obra del corazon y del entendimiento.

DIONISIO EL DE SIRACUSA,

FÁBULA.

Abominable rey, cruel tirano
fué del pueblo infeliz siracusano
Dionisio, tigre cauteloso y fiero.
Júpiter justiciero
le quiso escarmentar: nobleza y plebe
al opresor aleve
hizo saltar del mancillado trono;
y perseguido con tenaz encono,
sin albergue se vió, se vió mendigo.
«Aún para sus tiránicos excesos
(Júpiter dijo airado)
no es bastante castigo,
y otro ha de recibir que más le duela.
Maestro de una escuela,
con discípulos tontos y traviesos,
le haré, por mi justicia condenado,
y al doble pagará cuanto ha pecado.»

Juan Eugenio HARTZENBUSCH.

HIGIENE DOMÉSTICA.

EJERCICIO DE LOS NIÑOS.

De todas las causas que conspiran á hacer más breve la vida del hombre, ninguna tiene mayor influencia que la falta de un ejercicio moderado; este, siendo regular, puede enmendar muchos defectos de la crianza; pero nada suplirá su falta, por ser tan necesario á la salud como á la nutricion y robustez en las criaturas.

El deseo de hacer ejercicio es tan antiguo como la misma naturaleza; y si atendiésemos á este principio, se precaverian muchas enfermedades. La *raquitis*, tan destructora para las criaturas, no se conoció hasta que, abandonando los hombres las ocupaciones activas, se entregaron de lleno á las sedentarias.

La conducta de los animales tiernos manifiesta la necesidad de que hagan ejercicio las criaturas. Todos ponen sus órganos en movimiento luego que pueden, y algunos de ellos aun cuando no tienen precision de moverse para buscar

Biblioteca Nacional de España

de comer, como el ternerillo, el corderito y otros animales, no se están quietos sin violencia; si á estos se les prohibiera retozar, correr y saltar, moririan luego ó se harian enfermizos. La misma inclinacion se descubre en la especie humana; pero como los individuos de esta no son capaces de hacer ejercicio por sí mismos, deben ayudarles á ello sus padres y sus amas.

De varios modos se pueden ejercitar las criaturas; pero el mejor, cuando son tiernas, es llevarlas en brazos el ama hablándolas y señalándolas todo lo que puede agradar y deleitar su imaginacion. El confiar los niños á niñeras ha costado la vida á muchos, y cuando no, quedar miserables para siempre.

Cuando los niños empiezan á andar, es lo mejor y más seguro llevarlos de la mano, y no con andadores fijos á las espaldas, porque les hace inclinar el cuerpo hácia adelante y oprimir su peso el estómago y el pecho; por cuyo motivo se obstruye la respiracion, se aplana el pecho, y se comprimen las entrañas, perjudicando á la digestion, que ocasiona consuncion de los pulmones y otras enfermedades.

Es bien sabido de todos que si las criaturas se pusiesen muy pronto en pié, se les torcerian las piernas; por esta razon debemos creer que la inversa de esta posicion sea cierta. Cada miembro adquiere fuerza en proporcion del uso que tiene, y esta dejará de adquirirse si se le privase del necesario ejercicio.

Los pobres creen ganar mucho teniendo sus hijos echados ó sentados cerca de sí mientras trabajan, y se engañan; porque descuidando que hagan ejercicio, se ven obligados á mantenerlos más tiempo antes que puedan trabajar por sí, y gastan más en medicinas que lo que hubieran pagado porque los cuidasen.

Muchos argumentos se podrian sacar de cada parte de la economía animal para probar la importancia del ejercicio: sin él no se puede hacer con exactitud la circulacion de la sangre, ni perfeccionarse las diferentes secreciones: sin él no pueden prepararse bien los humores, ni fortalecerse ni afirmarse los sólidos, y él es el que contribuye del mejor modo á la accion del corazon, al movimiento de los pulmones y de todas las demás funciones vitales. Cuando se desprecia el ejercicio, es imposible que se pueda hacer con perfeccion ninguna de las funciones animales, y en este caso es preciso que se vicie toda la constitucion.

La mayor perfeccion de esta debe ser sin duda el primer objeto en el manejo y crianza de los niños: este es el fundamento en que consiste que puedan ser útiles y felices en su vida, y el que lo desatienda, de cualquier modo que sea, no solo falta á la obligacion que debe á su descendencia, sino á la sociedad.

Una educacion afeminada ó sedentaria infaliblemente debilita la mejor constitucion natural; y si los muchachos se crian con la misma delicadeza que las niñas, nunca podrán llegar á ser hombres. A los niños, no solo se les ha de dejar correr y brincar moderadamente ciertas horas del dia, sino que debe incitárseles á ello.

No es la crianza de las hembras menos dañosa á su constitucion que la de los varones: la niña se ocupa en su presuncion antes que sepa vestirse, y se le enseña que el uso perfecto de la aguja es la única cosa que puede granjearle la estimacion de todos.

Indudablemente que la laboriosidad es una de las prendas más estimables de la mujer; pero seria inútil que nos detuviéramos en demostrar las peligrosas consecuencias de tenerlas sentadas mucho tiempo, porque son bien sabidas, y con frecuencia se esperimentan en cierto tiempo de la vida; y aunque en este crítico período sean felices, quedan espuestas á otros riesgos cuando llegan á ser madres; porque las mujeres que se han acostumbrado á hacer una vida sedentaria, generalmente corren mucho riesgo en la procreacion, en tanto que las que han hecho suficiente ejercicio rara vez peligran.

Con dificultad se ve una niña, que al mismo tiempo que se precia de la temprana instruccion de la aguja, tenga una buena constitucion; el esceso de la aquiescencia ocasiona, por lo general, indigestiones, jaqueca, complexiones pálidas, toses, consuncion de los pulmones y deformidades de cuerpo, que no se deben estrañar si consideramos la violenta postura que toman para hacer algunas labores.

Biblioteca Nacional de España

Si las mujeres, en lugar de instruir á sus hijas en cumplimientos inútiles, las empleasen en obras sencillas de la economía de la casa, precisándolas á hacer ejercicio al aire, se formarian mujeres robustas y sanas.

Las distracciones más propias para hacer ejercicio moderado los niños son los juegos gimnásticos, como el del aro, la cuerda, etc., de que nos ocuparemos, y el cultivo de un jardin: en estos se emplea la juventud sin perjuicio de la salud. Los trabajos más ligeros del campo, por efectuarse al descubierto, son los más propios, adaptándolos á su edad, inclinacion y robustez.

Esta clase de ejercicio, á la par que es la mejor de todas, dispierta la aficion de los niños á lo bueno y lo bello, porque no hay nada que tenga más atractivo que el cultivo de las flores. Los aficionados á las flores casi se puede asegurar que tienen una alma candorosa y que adoran la virtud.

Los padres que han de tener por precision á sus hijos encerrados en habitaciones poco espaciosas, deben darles suficiente tiempo para las diversiones activas; esto los anima á trabajar, y precave el daño de su constitucion. El ejercicio dentro de casa es casi nulo; diez horas de este no equivalen á una en el campo al aire libre.

Los niños deben hacer ejercicio, pero moderado.

MARGARITA LA JARDINERA.

Margarita es una niña hermosa, de corazon tierno y sencillo, que ama con predileccion las flores; ella cultiva por su mano un pequeño jardin compuesto de seis macetas, que tiene distribuidas en dos balcones. El dolor y sentimiento que esperimenta Margarita cuando ve perecer una flor que ha regado y cuidado con asiduidad y cariño, solo es comparable á la pérdida de un buen amigo: cada hoja que se desprende de la corola marchita de la flor, le cuesta una lágrima; cuando llega el invierno, cuando vé que sus flores, no solo pierden los pétalos pintados de vivos colores, sino que hasta las hojas secas y amarillentas cubren la tierra en que nacieran, como la estacion, se nubla su semblante, suspira conmovida, y procura dulcificar su dolor, cuidando los troncos desnudos como lo hiciera una madre con su hijo, para evitar que les moleste y perjudique la crudeza del invierno y las heladas.

Es tan profundo el cariño que tiene á las flores, que el primer domingo de cada mes, al salir de misa, se dirige al jardin del Valenciano y le abruma con mil preguntas.

Francisco, que así se llama el jardinero, la complace con mucho gusto, pues comprende que todos sus afanes son para cuidar mejor las flores; y como las buenas acciones siempre son recompensadas, le esplica las que se siembran en aquel mes, cómo se multiplican, y cuanto le puede interesar.

Como todos los domingos solemos concurrir al jardin del Valenciano, oimos el diálogo de Margarita y Francisco; y como sus preguntas pueden satisfacer la curiosidad de algunas jóvenes aficionadas al cultivo de las flores, le trascribimos á continuacion, procurando hacer lo mismo todos los meses.

—Buenos dias, Francisco, dijo Margarita entrando en el jardin y corriendo al invernadero, en que recogia sus macetas el jardinero.

—Que los tengas muy felices, hermosa Margarita. ¿Qué te trae por aquí?

—Qué me ha de traer!.... que mis pobres tiestos se han quedado sin flores, y lo que es más doloroso... hasta sin hojas; contestó Margarita con profundo pesar.

—¿Y qué te estraña? ¿No sabes que cada estacion tiene sus flores, y que mueren con ella?

—Oh! demasiado que lo sé; porque se han muerto es mi sentimiento! Yo quisiera tener como V. flores todo el año; ya recuerdo que me dijo V. el pasado que las criaba á fuerza de arte, que las daba V. el calor que necesitan con la estufa; y otras cosas. ¿Pero cómo he de hacerlo yo que no dispongo de estufas, ni tan siquiera del sol, que nada cuesta? El balcon es mi jardin, y seis tiestos mis tablas. ¡Soberbia posesion! añadió con cierto aire de grandeza que hizo sonreir á Francisco y á su mamá que la acompañaba.

—Si al menos me permitiera papá introducir las macetas en mi cuarto, continuó, ya que ape-

Biblioteca Nacional de España

nas les da el sol, estarian mas abrigados los leños, quizás darian flores; pero nada, me lo ha prohibido terminantemente.

—Pues entonces no hay más que obedecer.

—Ya se vé que sí. Y dígame V., Francisco: ¿qué flores conviene plantar este mes?

—En noviembre, contestó el jardinero, se plantan los rosales, las lilas y otros arbustos á quienes no daña el frio, y se cubren las demás plantas, porque las heladas las perjudican mucho.

—Es decir que mis arbustos.....

—No tienes que temer por ellos, le interrumpió Francisco; deben taparse los que se hallan al aire libre, no los que están resguardados de aquel.

—Dice V. que el lindo rosal y la lila deben sembrarse este mes. ¿Y qué clase de tierra es menester?

—Medran mejor en tierra de miga, un poco fresca y abonada de vez en cuando con estiércol consumido.

—¿Y cómo se siembran los rosales?

—Se multiplican por semillas, renuevos, acodos, estacas y engertos. Las semillas no se emplean sino cuando se desea obtener variedades nuevas; y en este caso se siembran, despues de maduras, en macetas ó cajones. Para multiplicar los rosales por renuevos, es menester quitarlos en octubre y ponerlos en zanjas llenas de mantillo, y despues que han retoñado pasarlos á su lugar.

Los acodos se hacen en mayo, en plena tierra ó en macetas que se colocan al lado del pié: los ramos leñosos se acodan en la cepa con un alcaduz construido al efecto.

Todos los rosales se pueden multiplicar por estacas, pero salen mas pronto en cama de mantillo. Los rosales de Bengala, *rosa de Jericó*, retoñan con facilidad.

Los rosales se pueden ingertar los unos en los otros, buscando analogías entre sí, pues á no ser de este modo degenera la especie. Deben quitarse con cuidado las ramas adventicias y los renuevos, porque apoderándose de la sávia del ingerto, este pereceria; y se pueden ingertar en un mismo pié rosas de varios colores.

—Ya ves de cuántas maneras se pueden obtener los rosales.

—Sí señor; pero con tantos medios como V. me indica, tendré que comprar un rosal pequeño y cuidarlo para que crezca.

—Has discurrido bien, y es lo más acertado.

—¿Y qué he de hacer para que medre y me dé hermosas rosas?

—Basta podarlo en febrero más ó menos corto, segun su vigor, y durante su vegetacion pellizcar la estremidad de las ramas que crecen demasiado; quitar todas las ramas y renuevos que salen de la garganta de las raíces, y nada más.

—Está muy bien. Mil gracias, señor Francisco. No olvidaré de pellizcar las ramas.....

—Cuidado no las molestes demasiado!

—Oh! descuide V., no se quejarán de mí, dijo sonriendo. ¿Y tiene V. algun rosal doble para plantar hoy mismo?

—Estas macetas que estoy guardando lo son precisamente. Toma, llévate ese rosal enano, que te dará rosas preciosas.

—Oh! sí, sí, enano, propio para mi jardin. Y saltando de alegría, despues de saludar afectuosamente á Francisco, salió Margarita del jardin para ir á plantar el rosal.

Faustino BASTÚS.

L'ESPAGNOL ET L'INDIEN.

Un voyageur espagnol avait rencontré un Indien au milieu d'un désert. Ils étaient tous deux à cheval; l'Espagnol, qui craignait que le sien ne pût faire sa route, parce qu'il était très-mauvais, demanda à l'Indien, qui en avait un jeune et vigoureux, de faire un échange; celui-ci refusa, comme de raison. L'Espagnol lui cherche querelle; ils en viennent aux mains; mais l'Espagnol, bien armé, se saisit facilement du cheval qu'il désirait et continue sa route. L'Indien le suit jusque dans la ville la plus prochaine et va porter ses plaintes au juge. L'Espagnol est obligé de comparaître, et d'amener le cheval; il traite l'Indien de fourbe, assurant que le cheval lui appartient et qu'il l'a élève tout jeune.

Il n'y avait point de preuves du contraire, et le juge indécis allait renvoyer les plaideurs hors de cour et de procès, lorsque l'Indien s'écria: «Le cheval est à moi et je le prouve,» Il ôte aussitôt son manteau, en couvre subitement la tête

Biblioteca Nacional de España

de l'animal, et s'adressant au juge: «Puisque cet homme» dit-il, «assure avoir élevé ce cheval, commandez-lui de dire duquel des deux yeux il est borgne.» L'Espagnol ne veut point paraître hésiter et répond á l'instant: «De l'œil droit.» Alors l'Indien découvrant la tète du cheval: «Il n'est borgne,» dit-il, «ni de l'œil droit ni de l'œil gauche.» Le juge, convaincu par une preuve si ingénieuse et si forte, lui adjugea le cheval, et l'affaire fut terminée.

EL ARO.

El aro que se usó para este juego en su principio, fué el de un barril viejo; despues ha llegado á ser un círculo de madera hecho á propósito y pintado de diferentes colores. El aro se adornó más tarde con cascabelitos, á los cuales el movimiento hace sonar; y por último, los aros se componen de tres ó cuatro círculos concéntricos clavados unos sobre otros, que son los más sólidos y acabados, pues pueden correr una considerable distancia sin desviarse.

El modo de jugar al aro puede sufrir varias modificaciones: un niño con un aro se contenta con hacerle rodar, sacudiéndole con un manubrio ó baston corto; pero si tiene compañeros, cada uno toma el suyo y juegan á quién llegará antes á un término propuesto, ó hará andar más tiempo á su aro.

Cuando no hay más que un aro y muchos jugadores, empieza el dueño de aquel por hacerle rodar hasta que por su poca destreza le deja caer, sucediéndole uno de los jugadores, y así sucesivamente.

El modo más agradable de jugar al aro es el llamado de la guerra. Una gran reunion de niños se divide en dos bandos, y cada uno se presenta con su aro y manubrio ó palo correspondiente. Ambas tropas se colocan frente á frente, dejando entre cada jugador un espacio para que pueda pasar con comodidad una persona. Dadas estas disposiciones, cada jugador despide su aro, procurando dirigirle por en medio del claro que queda entre los jugadores, sin que tropiece con ninguno de ellos.

Este juego es muy vistoso si la destreza es igual y se cruzan á la vez los aros: cuando todos los conductores han mudado de sitio, los últimos dan media vuelta y vuelven á cruzarse.

Es más comun el hacer rodar que saltar el aro; pero si se quiere esto último, se le coge por debajo, se le agita por algunos momentos, y despues se le tira perpendicularmente al aire, en donde brinca por bastante tiempo; despues se procura impedir que caiga, volviéndole á coger con la mano.

Cuando son muchos los jugadores, se puede jugar á quién hará saltar el aro á mayor altura, le mantendrá más tiempo en el aire, ó le cogerá más número de veces.

Tambien se suele tirar un aro contra otro, habiéndolos señalado antes para distinguirlos.

Se puede jugar igualmente á la carrera tendida, ó haciéndole describir un círculo.

ACERTIJO MORAL.

¿Cómo se llama un abogado viejo, ciego, hablador, caprichoso y porfiado, á quien escucha y quiere todo el mundo?

(La solucion en el número inmediato.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: **D. Ramon Vicente.**

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.

Biblioteca Nacional de España